zar.

la princesa, el de verse frente à frente y asegurarse de cerca del valor de su rival.

Comprendia, como la princesa, que sus existencias estaban encadeuadas por un misterioso lazo, y que tenían una sobre otra, cierta secreta influencia.

Saint R my, orgulloso de la belleza de su pareja saludaba con un signo de cabeza á sus innumerables conocimientos é indicaba á Gabriela los personajes célebres que se cruzaban,

La condesa distraida, indiferente á todo lo que la rodeaba no pensaba más que en su proyecto, buscando la manera de encontrarse con la princesa, para lo que serviala de guia el vestido azul y los cabellos de oro.

Gabriela estaba verdaderamente hermosa con la animación que se dibujaba en su rostro.

En el momento en que atravesaba el foyer, vió á tres pasos de ella, comtemplando con admiración unas pinturas, á la princesa, apoyada en el brazo de Roberto.

Instintivamente dirigiò sobre el capitan una mirada de censura que la princesa recogió al vuelo.

La princesa comprendiò que aquella mirada er una declaración de guerra y los preliminares de la entrada en campaña.

Las hostilidades iban muy pronto á comen-

XIII

Cuando la princesa se encontró sola con Roberto en su hotel de la Avenida d'Antin, se mostró más expansiva y amable que nunca.

Le rodeo de sus más finas atenciones y caricias, y en el momento en que Roberto se des-

pedía, le dijo:

—Sé franco y confiesa que tenía razón, cuando, hace poco en el teatro, te decía que la condesa, cuyas virtudes domésticas me has garantizado, esa inmaculada del matrimonio, tiene un amante.

-Querida princesa-replicó Roberto-calumniáis á Gabriela. Si queréis que os comprenda, es preciso no hablar por enigmas.

Un poco de paciencia. El amante de tan adorable mujer es un joven de tu edad y que tiene un parecido a sombroso con un capitán amigo tuvo.

- ¿Y cómo se llama? - ¡Roberto Pontis! - Estáis soñando, princesa!

-Las mujeres no nos equivocamos nunca. cuando se trata de estas cosas. Esa mujer te ama. Ignoro todavía si tu la amas también, pero infaliblemente, más pronto ó más tarde, tú la amarás, pues no se vive impunemente bajo el mismo techo que tan seductora criatura ¡Este es el axioma de los ayudantes de los generales! Y luego hay que conceder que la princesa es bellísima.

-Os aseguro que la señora de Branville...

-Es un ángel. Estamos conformes. Solamente que es un ángel descendido de las regiones etéreas y que tiene un corazón lo mismo que cualquiera otra mujer, seno palpitante, soberbias espaldas, brazos mórbidos y ojos demasiado expresivos. En una palabra, un ángel con el cual nuestro padre Adán hubiera poblado el paraíso terrenal de «bebés» blancos y sonresados, lo único, según creo, que faltará siempre para completar la felicidad del ge neral. Estoy segura de que esa mujer te ama; pero yo también te adoro. Por tì he hecho lo que deseaba evitar desde la muerte de mi pobre esposo; he abandonado á San Petersburgo, á la corte, al Czar, mis palacios, los magnates, en una palabra, lo he abandonado todo. Tú eres mi compensación, lo equivalente á lo que dejé en mi país. Si me atacan en lo que más quiero, sabré defenderme; mas si tú me engañas, me vengaré! Esta palabra tan trivial en los labios de una mujer, la doy su verdadero valor, afirmándote que no efectuaré mi venganza por medio del veneno ni del puñal, me vengaré empleando procedimientos anodi nos que hacen menos ruido.

-¡Quineras é invenciones de mujer ociosa y desocupada-dijo Roberto, besando la mano de la princesa.

-¡Sea!-replicó la princesa acariciando las pálidas mejillas de su amante. - Sé lo que necesitaba. Y ahora, vete á dormir y medita mis ... quimeras. | Buenas noches, carissimo! ¡Que la vecindad de la hermosa condesa no turbe tu sueño!

El capitán atravesó el vestíbulo del hotel, donde dormitaban sobre còmodos sillones varios criados, envueltos en magnificas pieles, y

salió á la Avenida.

Los mecheros de gas esparcian su dorada luz, contrastando con los pálidos reflejos de la luna.

Algunos transeuntes retrasados cruzaban

la calle con paso precipitado.

Roberto, preocupado, pegando con el bastón en la punta de sus botinas, marchaba lentamente, reflexionando sobre la singular situación que se había creado.

La princesa no se equivocaba.

La frialdad de su amante, después de la pasión de los primeros días, lué la causa de sus

El capitán llegò á las dos de la mañana al hotel de Branville.

Un profundo silencio reinaba en la calle de

Courcelles.

Roberto, temiendo ser escuchado por la condesa, abrió con precaución la verja del jardín y penetró en el hotel, marchando de puntillas como un ladron que tente ser sorprendide,

De dfa en dia y casi de hora en hora, au mentaba el afecto que el general sentía por Gabriela.

En efecto, la joven, por lo menos aparente mente, merecía el excesivo cariño que su ma rido le demostraba.

Una libertad completa y sin reservas había substituido al fastidio, que antes sentía al la do del conde, y que muy á menudo la costaba trabajo disimular.

Las familiaridades de su marido acogialas con una plácida sonrisa, y jamás se oponía á satisfacer sus caprichos, por efímeros que fue ran.

Por consiguiente, el señor de Branville era completamente feliz.

A la salida de la Opera, electrizado por las admiraciones de que Gabriela había sido ob jeto, seducido por los perfumes respirados en el carruaje que les condujo al hotel, asistio después al más encantador de los espectáculos.

Rosa, que esperaba á su ama para desnudarla, se retiró cumpliendo las órdenes recibidas.

La condesa, de pie frente á un espejo, sin parecer notar la presencia de su marido, dejaba caer uno á uno tedos sus vestidos.

Sin embargo, un espíritu aéreo é invisible, celocado frente á ella, hubiera notado que sus labios se crispaban ligeramente al notar el aspecto del conde, cuyos movimientos observaba en el espejo. Indudablemente su presencia contrariaba à Gabriela.

Recostado en un diván, el general asistió á la toilette de su esposa, admirando aquellas bellezas que formaban parte de sus dominios.

La condesa, cubierta con un peinador de finísima batista, que transparentaba las perfecciones de su cuerpo, se acercò al general, quien saliendo de su óxtasis, recordó instintivamente su perdida juventud.

-Buenas noches- dijo Gabriela-es la una de la mañana, y me estoy cayendo de sueño.

-¿Me despides?-preguntó el general con dulzura.

—Estoy muy cansada y me extraña que vos no lo estéis también. Por complacerme os habéis condenado á llevar una vida á la cual ya no estábais acostumbrado.

—Es verdad. Los bailes, las reuniones, las fiestas....

—Debéis estar disgustado por mis exigencias.

—¡Disgustado! De ningún modo, querida. Mi ambición no podia desear una dicha semejante á la que te debo. No existe en el mundo un marido más favorecido por la suerte que yo. Tanta gracia, tanta belleza y tanta juventud, todo me pertenece. Mi felicidad puedo únicamente compararla con un cuento de hadas, y algunas veces tengo necesidad de frotarme los ojos para asegurarme de que no suefio. Yo mismo no me conozco. Tengo aspiraciones de colegial, y siento renacer las pasiones ardorosas de la juventud.

Una hora más tarde Gabriela estaba sola, rigida y temblorosa, escuchando el ruido de los pasos de su marido que se alejaba.

Con movimientos febriles pasó por su rostro un pañuelo húmedo, como queriendo borrar las señales de las caricias recibidas.

Durante largo tiempo permaneciò inmóvil, con la mirada fija y los labios contraídos.

En el momento en que se dirigia á su alcoba oyó un ligero roce de pasos en el corredor, y más lejos, en el fondo, el ruido de una llave

-¡Pobre Roberto!-pensò Gabriela.-¡También él sufre! Pero él puede buscar alivio á sus penas, y yo no tengo ese derecho.

XV

Al dia siguiente un sol hermosisimo prestaba su alegría á un cielo transparente y puro.

Muy alegre y satisfecho el capitán, bajó muy de mañana á las caballerizas para presenciar los preparativos de su paseo con Gabriela.

Mandó ensillar con esmero su caballo alazán, y en seguida dirigió sus atenciones sobre Miss Kate, la yegua favorita de la condesa.

A las siete en punto bajó Gabriela, ya lista para montar, lo que efectuó ayudada por el joven.

También ella estaba alegre y decidida.

Tan pronto como los dos ginetes atravesaron el patio del hotel, pusieron sus caballos al trote.

El general, que al ruido de los caballos se había asomado al balcón, envió á los jóvenes un adiós afectuoso.

151

La mañana estaba hermosa, el Bosque se veía casi desierto, y únicamente de trecho en trecho se veia atravesar velozmente las avenidas, un conejo que cerria á guarecerse en su madriguera.

Gabriela respiraba con placer las brisas aromáticas de la mañana, y su compañero lanzaba, á la par que bocanadas de humo, excla-

maciones semejantes.

-¡Qué hermoso día! ¡Mirad, mirad, un conejo que se ha asustado! ¡Miss Kate está hoy de buen humor! ¡Qué manera de bracea!!

Gabriela no desplegaba los labios. Escuehaba y parecía que no comprendia. Al cabo de diez minutos se volvió brusca-

mente hacia Roberto, y le dijo:

-Creo que no sería para decirme tantas nimiedades para lo que anoche solicitástics tan emocionado, el salir hoy conmigo.

-Seguramente que no-suspiro Roberto. -Parecéis muy contento. Sin duda son los restos de la felicidad que ésta madrugada, á las tres, habéis aportado del hotel de la calle de Courcelles.

-¡Tan tarde era?

-Eran las dos y cincuenta y algunos minutos más.

-¿Cómo lo sabéis?

-No dormia. La mazurca de "Coppelia" me estaba aún dando vueltas en la cabeza. ¿Sabéis lo que pareclais anoche en la Opera?

-Como vos no me lo digáis.... -Pues parecíais un empleado de agencia

funeraria.

- ¡Y esta mañana?-preguntó Roberto sonriendo.

-¡Oh! Ahora os parecéis á un general al día siguiente de su primera victoria. A falta de otros méritos, poseéis el de transformaros con mucha facilidad.

-No os burlèis y hablemos formalmente. Si estoy alegre es porque estoy solo con vos y porque, por la primera vez desde hace un año. voy á hablaros sin testigos, y porque en fin, hoy voy á hablar con el corazón abierto, á con taros todo lo que he sufrido, lo que pienso y lo que deseo.

-¿Respecto á la princesa Ivanowska?

-¡Oh! No me habléis de la princesa. Os lo ruego.

- Por qué?

-Porque la detesto, ò por lo menos, no tengo para ella los sentimientos que saponéis.

- Entonces sois un ingrato

-No os riais. Lo que tengo que confiaros es muy serio.

- Todavía más?

-Se trata de mi reposo, de mi felicidad, de mi vida...

-¡No habrá más? La suma es ya considerable.

-Sf Hay un punto más grave.

- Me hacéis temblar!

- El honor!

-Comenzáis á poneros lúgubre. Es lástima, Estábais mejor antes. No me gustan esos aires lúgubres ni esas declaraciones trágicas. Hay que guardarlas para los epitafios, y creo que los nuestros no se han encargado aún.

-¡Quién sabe!

-Vamos, esto marcha. ¿Es que nos vamos á ahogar en el lago?

—Hay otras maneras de morir, y yo muero lentamente.

—Nadie lo diría. ¿Y desde cuándo ha comenzado vuestra enfermedad?

-Desde el dia de vuestro matrimonio.

-Eso me consuela. Si continuáis asì, aún viviréis muchos años; y como, despuès de todo yo no deseo más que vuestro bien, ya estoy tranquila

-¡No tenéis piedad!

—Tal vez para mí, pero no para vos. He visto con gran contento que la reputación de la princesa es muy superior á la que la sociedad la había creado, y que posee en gran cantidad las dósis balsámicas y bienhechoras necesarias para vuestro restablecimiento. Os es á vos más útil que el cielo de Niza ó de las islas Hyeres. Amadia como se merece y no os juzguéis condenado por la ciencia, vos, á quien tantos envidiosos rodean.

-Vuestras ironfas me aniquilan y mederrotan. Tenia tantas cosas que deciros, y ya

no sé lo que os iba á decir.

-Tanto mejor, pues asi me ahorraré el escucharlas.

—Sin embargo, es preciso que las sepáis. Yo no puedo vivir asi.

Pero, hablando formalmente. ¿Creéis que

ignoro lo que me queréis decir?

-{ Es posible?

—Si. ¿Qué necesidad tenéis de hacer una confesión que no nos conduce á nada? ¿Qué adelantáis con decirme con apasionadas palabras, más ó menos sinceras, el estado de vuestro corazón? ¡que me adoráis, que morís de amor por mí, que estáis loco de celos, que la vida es pa-

ra vos un suplicio infernal; todo eso es mentira. ¡El mal está hecho? pues tened la fuerza de la resignación! ¡Tengo yo la culpa de que haváis guardado, durante seis meses, un silencio inexplicable? ¿Era yo quien debfa arrojarse á vuestros pies suplicándoos que me devolviéseis mi perdida fortuna? ¿Tengo yo la culpa de que encontráseis en Rusia encantos tan po derosos que os hicieran olvidar al mundo en general v Nantes en particular? ¿Cómo podía sespechar que las galanterias que conmigo teníais-con aire emocionado, os lo concedocuando bailábamos, oprimiéndome el talle y las manos, algo más de lo razonable, valían más que las faltas de sinceridad que son la moneda con que se paga una sonrisa ó un favor ligeramente acordado? ¡Qué tengo que repreuderme y qué motivos de que ja tenéis vos contra mi?

El general llegò en el momento en que estaba abandonada de todos, humillada por las que habían sido mis inferiores ò mis iguales, y muchas veces mis favorecidas, llegó en uno de esos minutos pisicológicos en que me ahogaba en un mar de ironías y desengaños. Me trato con su acostumbrada bondad, cuando los demás me lanzaban piedras y sarcasmos, me ha rehabilitado, me ha tendido su mano, y yo le

he dado la mía.

Le pertenezco en virtud de un contrato indisoluble, y ya veis que cumplo sus cláusulas y que apuro el caliz hasta la última gota. ¿Que sufris mil torturas? ¿Pensáis acaso que estoy yo en un lecho de rosas? ¿Creéis que mi alegria no oculta, á veces, las penas de mi corazón? Y puesto que habéis deseado una explicación, vale más que ésta sea franca y completa. Si examináseis los cortiuajes de mi cuarto, encontraríais las huellas de mis desgracias, invisibles á otros ojos. He mirado frente á frente á mis obligaciones, y me he resignado con mi suerte. Debo al conde la dicha que toda mujer honrada debe procurar á su marido, y la tendrá aunque para ello tenga que perder mi reposo y mi juventud, y no digo mis ilusiones, porque esas, hace ya mucho tiempo que las he perdido.

-No pensáis lo que decis.

—Vos queréis que tenga ilusiones. ¡Pobre Roberto! Sin duda os fundáis, para tener esta convicción tan absurda, en las indiscretas palabras que se han escapado de mis labios y que juzgáis revelan mis secretos pensamientos. ¿Sabéis de dònde dimanan? Os lo voy á decir: de un mal intencionado deseo que me asalta algunas veces y que, sin quererlo, me obliga á mortificaros, á devolveros un poco del mal que habéis causado—puesto que os empeñ is en creer que me amáis—callando cuando era útil hablar, y adormeciéndoos en las delicias encontradas en Rusia, cuando tan precisa era vuestra presencia en otra parte.

Me alegro yo al saber que también los demás tienen sus puntos negros en el horizonte, y que su cielo no está al abrigo de las tempestades. ¿Qué queréis? Es una malicia, lo confieso; pero haréis mal en creerme perfecta, cuando no lo soy. Os devuelvo el mal por el mal, y seréis injusto si no pensáis que estoy en mi perfecto derecho.

—Sois mejor y valéis más de lo que aparentáis valer. —Supongámoslo si queréis. Y para terminar, ¿qué me pediriáis para probar mi problemática bondad?

R berto no supo que contestar.

-Ya veis-continuó la con lesa-que ni aun os atrevéis á formular un mal pensamiento que nos obligara á cometer una acción indigna. Si vo sov la esposa del conde de Branville, vos sois su hijo adoptivo y le debéis tanto como yo y nuestos deberes son en un todo semejantes. ¡Ah! si os llamáseis el baron de Tresmes o el vizconde de Saint Remy, tal vez fuérais á los ojos del mundo perdonado por cortejar à la condesa de Branville, la mujer de un general achacoso y cargado de lustros y reumatismos: pero vos, Roberto, su ahijado, su protegido, como yo, por él salvados de la ruina, tenemos obligaciones y deberes que nos colocan en diferente lugar, y siendo ámbos culpables, ámbos seriamos juzgados del mismo modo. Es decir, reprobados por nuestra indigna conducta.

Y como el capitán bajara la cabeza sin responder, Gabriela añadió, tocándole la mano:

-Hé aquí lo que es preciso prever y lo que hay que evitar.

La condesa mirò á su compañero de pa-

Tan abatido estaba Roberto por la verdad de aquella explicación, que Gabriela se arrepintió de su dureza.

Siempre hay un fondo de misericordía infinita en el corazón de todas las mujeres, que verdaderamente merecen este nombre.

- Puesto que -añadió Gabriela con voz emocionada-estamos condenados á vivir bajo el mismo techo; puesto que sin causar un verdadero disgusto al general y sin hacerle suponer una ingratitud, tan lejana de nuestro pensamiento, no podeis abandonarle, hagamos un pacto para sostenernos mutuamente y allanarnos el camino que nos falta por recorrer. Temo, querido Roberto, que en esta asociación los papeles estén invertidos, y tenga yo que representar el de la encina mientras que vos os contentaréis modestamente con el de la hiedra, que, en buena justicia, debía pertenecerme. Pero ecómo un hombre, un soldado, puede tener tan poca fuerza de voluntad?

—Porque os amo y no puedo vivir sin vos. Gabriela comprendió que hablaba con sinceridad y volvió la cabeza para que Roberto

no viese su emoción.

Sin embargo, pronto se repuso y trató de cambiar el giro de la conversación, diciendo: Tenéis un corazón muy fácil de dividir y

muy diffcil de satisfacer.

—Comprendo, Gabriela, queréis que os lo confiese todo. Sea. Me pesan más mis dudas que un martirio. Cuando os casásteis, crei que no podría sobrevivir á la pena mortal que sentí. Si me hubieran clavado un puñal en el corazón no hubiera sentido un dolor tan profundo. El honor, ese destestable honor de que me habeis hablado, me ha impedido arrojarme á vuestos pies y confesaros todo, mi pasión, mi tormento. Siguiendo los consejos de un corazón leal, del de Tresmes, creí que la fuga ofrecia un remedio para mis penas y para los horribles celos que me atormentaban. Y digo horribles, porque, ¡qué es el general para mi? Lo ignoro. Ciertos rumores; anécdotas de guar-

nición, mil circunstancias, insignificantes en apariencia, y cuyo recuerdo trato de evitar, me hacen algunas veces dudar de mi origen. Solicité una órden de partida y me fué concedida como un señalado favor. ¡Estaba decidido á no veros jamás!

Nunca podréis figuraros el tormento sin nombre que pasé la noche anterior á mi marcha. Desde entonces perdì mi alegría. Vos estabáis á dos pasos de mi cuarto y... no estabáis sola. Víctima de extraña alucinación me parecía oir vuestros sollozos, vuestras quejas; pues á pesar de todo, sabía que me amábais. ¡No

digáis que no!

Me amabáis, y aquella noche os entregábais á otro. ¡Antes hablabáis de valor! ¡Hubiera dado diez años de vida por que me hubiéseis visto aquella noche! ¡ Más de veinte veces estuve á punto de saltarme la tapa de los sesos! Con una pistola en la mano, recorría y daba vueltas por mi estancia, como un tigre en su jaula. Todo lo veía color de sangre. Mi exaltación me hacía preguntar si no debía mataros y matarme después. ¡Estaba loco! El sagrado recuerdo de mi pobre madre, y el carino que tengo al general, me dieron fuerzas para sobrellevar mi dolor. Tan pronto como amaneciò, salí del hotel como un ladrón perseguido por la justicia, dirigiéndome á casa de De Tresmes. Alli lloré y esperé la hora de mi marcha. Después... de Tresmes me acompañó al ministerio. Lo demás, ya lo sabéis.

Llegué à San Petersburgo enfermo, fascinado por vuestra belleza, que siempre tenía ante mí; quise olvidaros y me acogí como á una tabla de salvación, á la amistad ó al amor con que la princesa me brindò desde el primer día que nos vimos. Tan profunda era la pena que me embargaba, que la princesa tuvo compasión de mì. No la oculté mis penas, al contrario, pero díjeselo arreglándolo á mi convenien cia, engañándola, diciendo que había amado con locura á una mujer, pero que aquel amor no pedía verse correspondido. No la díje la causa, y la princesa creyó en la muerte de aquella mujer, cuyo racuerdo era la causa de mi tristeza y de mi carácter sombrío. Sin duda, pensò que llegaría á amarla cuando lograral desechar la melancolia que me embargaba.

Hice todo cuanto pude para olvidaros y no lo logré. En vano trataba de distraerme frecuentando los salones. No podeis comprender la vitalidad de un amer como el mio. Cuanto más trabajaba para olvidarle, le sentía más

persistente en mi corazòn.

Al lado de la princesa, vuestro recuerdo me impedía dar persuasión á mis palabras de amor. Tal vez los primeros días pudo tigurarse que la amaba, pero hace va tiempo que debe suponer la verdad. Las miradas que os ha dirigido me hacen temer que ha penetrade el secreto de mis sentimientos.

Bien pronto, hastiado de todo, renació en

mi un deseo irresistible de veros.

Me engañaba al creer que las bondades del general y la felicidad de vivir cerca de vos, extinguirian la llama que abrasaba todo mi sér.

Pero desde el primer momento en q le os volví á ver, comprendì que no conocía mi valor y no he podido resistir más tiempo.

Ya no me queda más que un medio de sal-

vación. Marcharme otra vez, aunque no pue da explicar la causa al general, ni sepa donde ir. Seguramente lo haré, pero al menos, antes de mi partida os habré dicho toda la verdad. Quiero que sepáis que mi alma entera os pertenece y que ninguna otra mujer podrá hacerme olvidaros. Si hubiera guerra iria á hacerme matar: este es el solo medio, el único y honroso partido que se me presenta.

Todo cuanto me oprimia y pesaba, os lo he dicho. Me despreciaréis tal vez, pero me resigno á todos los males con tal de que sepais que nada puede apartarme de vos, y que de cerca

ó de lejos seré siempre vuestro.

La condesa había escuchado las palabras

del jòven con silenciosa atención

Roberto aguardaba la respuesta con el cora-

zón oprimido.

Gabriela tuvo un instante de duda: entreabriéronse sus labios, tal vez para contestar con una frase irónica ó para hacer una declaración; volviéronse á cerrar.

-Después de declaración semejante hay necesidad de respirar-dijo, pero poniendo

su caballo al galope.

No teneis compasión—añadić.—¿No tengo ya bastante con mis penas, que aun me confiais las vuestras! Seguidme.

El Bosque aparecla aquella mañana con to-

do el esplendor de la naturaleza.

El invierno le dá tristeza, el verano polvo, y el mes de abril incomparables atractivos.

La condesa reflexionaba Buscaba el medio de conciliar el respeto que debia á su marido, con la compasión que experimentaba por aquel amor tan ardiente, y al cual no era insensible.

Cuando llegaron al hipôdromo de Longchamps, la condesa sujetô su yegua y continuò la conversación en el punto donde la había dejado.

- Querido Roberto-dijo-exageráis las cosas á vuestro modo, y vo no puedo participar de vuestra exaltación. Veo la vida tal cuales, prosáica y monétona, y quiero que penseis como yo. Vuestra educación hay que volverla á empezar. ¿Queréis confiarme ese cuidado? Os prometo no ser severa. Por lo pronto no os marchais, lo que es ya un beneficio para vos, pues así podreis proporcionaros la dicha de contemplar vuestro idolc, vivir cerca de él y hablarle cuando os parezca. No os prohibo que me toméis por cofidente. Uno y otro tenemos penas, confiándonoslas, las atenuaremos. Yo no tendré celos de la princesa, que tiene el derecho de amaros, y vos no los tendréis de mi marido, á quien ninguno de nosotros tiene el derecho de aborrecer. Si esta alianza es de vuestro agrado, dadme la mano en señal de conformidad. Si no podéis resolveros á aceptarla, marchaos, idos á la extremidad de las Indias 6 al Japon. Los primeros días os creereis inconsolable; seis semanas después ya no recordaréis ni la calle de Courcelles ni á les que la habitan. ¡Vos podéis ser dichoso! Sois libre y podéis amar á quien queráis.

Gabriela tendiè su mano á Roberto, quien la estrechò con fuerza entre las suyas, y mi rando á la condesa con pasion, murmurò esta sola palabra.

- Acepto!

XVI

El cambio de carácter que se operò en Roberto desde el día de su paseo con la condesa, fué radical.

Volvió á ser el alegre y decidor oficial de otros tiempos, pero siempre un fondo de gravedad intermitente indica al hombre de talento, bajo aquella apariencia frívola y risueña.

Pasaba las mañanas ocupado en sus estudios, ó bien despachando con el general, que tenía á su cargo el mando de tropas de París.

Las noches las repartfa entre el hotel de la avenida de Antin y el teatro; pero todos los días consagraba dos ò tres horas á Gabriela, con quien conferenciaca, ó mejor dicho, de quien solicitaba consejos.

Pocas mujeres en Parfis se veían tan adula-

das como la condesa.

El vizconde Palamede seguía guardándela sus atenciones. Precendía que siempre es con-